

CREACIÓN PLÁSTICA

Desde la superficie

La Galería Carmen del Campo expone rostros, siluetas y paisajes de Isidre Sabater

Oscar Fernández

Posmoderna por excelencia, la estrategia de superposición y solapamiento de registros constituye la primera impresión de la obra del levantino Isidre Sabater. Figura y abstracción, aquella falsa dicotomía en la que se dirimió gran parte del debate artístico del siglo pasado, se conjugan ahora en el terreno común de un lienzo descargado de prejuicios, inhibido de categorizaciones. Se constituye así su trabajo

en un ejercicio de desbordamiento que arranca de la tradición retratística, del clasicismo en el tratamiento de la figura humana, colocándose al rebufo de la transvanguardia italiana institucionalizada por el crítico Achille Bonito Oliva.

No hay duda de que las pautas estéticas de la irreverente figuración de los años ochenta ha dejado un caudaloso flujo

de interferencias en la obra de Sabater, especialmente, en lo concerniente a una consideración superficial de lo pictórico que no es sino traducción de ciertas herencias postpop. Estas posturas heredadas por el levantino consisten en desplegar un repertorio visual ecléctico, en el que la dualidad fondo y figura se disuelve, así como la jerarquización de lo significativo y lo ornamental, a través del empleo de pigmentos acrílicos que refuerzan la construcción de una imagen plana, sin perspectiva.

En ella los rostros, repetidos hasta la extenuación, y las atractivas escenas urbanas son atravesadas por una elaborada urdimbre cromática que ocupa la totalidad del soporte y llega, en las obras más pintorescas, a rebasarlo para expandirse por el propio marco que circunda a la tela. Dicha urdim-

bre, sostenida sobre un dispar elenco de motivos geométricos, líneas y arabescos, soporta estos rostros inexpresivos y sobredimensionados que casi monopolizan la producción de Sabater hasta convertirla en una vertiente casi agotada por el autor.

Como necesaria huida ante esta reiteración Sabater se embarca en la expansión del motivo. La conjugación de rostros o el desarrollo de la silueta corporal completa constituyen los baluartes de este otro aspecto de su obra en el que reminiscencias de Francesco Clemente se conjugan con una trama cromática más elaborada que, a modo de rizoma, se expande de nuevo por la superficie plástica. Singularmente inexpresivas, las figuras sentadas de Isidre Sabater traban una extraña relación entre la cotidianidad de sus acciones y el hermetismo de sus gestos, entre la cercanía emocional del rostro y ese afán de inexpresividad desde el que los describe.

También anónimos y descarnados, es decir, desposeídos de cualquier concesión humanizante son los paisajes urbanos descritos por Sabater desde una frescura visual ausente en el segmento anterior. Como en el resto de su producción, el motivo es subyugado por la compleja trama pictórica en la que éste se incluye; la ciu-



Exposición de Isidre Sabater en la Galería Carmen del Campo.

dad o el retrato son atravesados por el impulso puramente pictórico del color que se erige en principal sustento de la obra.

Autor: Isidre Sabater.
Lugar: Galería Carmen del Campo.
Fecha: hasta el 2 de abril.
Fecha: hasta el 2 de abril.



"Reflejos en grises", obra de Cantabrana.

Desde el color

O.F.

Tanto se ha escrito sobre la luminosidad como artifice del carácter de la pintura de Juan Cantabrana que repasar dicha idea parece, por evidente, algo reiterativo. Sin embargo, no es posible deslindar ambos términos: pintura y luz, en la producción pictórica de uno de los pintores cordobeses con mayor reconocimiento popular. Como prueba de ello, los textos que completan la edición reciente de un catálogo de su pintura, que se ha presentado en la galería Studio 52-Juan Bernier acompañando a la exposición que resume su trabajo durante las dos últimas décadas, se esmeran en indagar dicho aspecto.

Vinculado a diferentes corrientes del devenir estético en la modernidad, tales como el romanticismo alemán o el impresionismo -este último indiscutible compañero de Cantabrana en el tratamiento del tema paisajístico-, su pincel aprehende cada vez con más intensidad la doctrina del color auspiciada por el fauvismo. Es por ello por lo que parece cada vez más efectiva la derivación de las lecturas de Cantabrana hacia una dialéctica pintura-color, en términos casi abstractos, fiel segui-

dora de los modos de hacer de Matisse o Derain aunque lamentablemente desposeída del espíritu salvaje, la "fiereza", que diera nombre a dicho movimiento.

El discurso del artista cordobés se organiza, por tanto, sobre esta veneración del color desde una estética contenida y sobria, de porte académico; pautando una continuidad en los géneros que aparece salpicada de intentos de renovación por parte del autor mediante una aspiración de cotidianidad en las escenas y la citada primacía del color. De este diálogo con el aspecto cromático se impregna, en cierta medida, todo la arquitectura espacial de la escena así como el timbre emocional de la imagen. Se esboza de este modo un juego de contrastes y de suplantaciones en los que la referencialidad estricta de la imagen, su verosimilitud, pugna por imponerse sobre un color que no acaba de liberarse. Contra esta liberación expresionista del color que si alcanzarían los fauves, el espíritu glacial de la pintura de Cantabrana apuesta siempre por la ponderación, por no soltar las riendas de la pintura.

Autor: Cantabrana
Lugar: Galería Studio 52- Juan Bernier
Fecha: hasta el 4 de abril.

EXPOSICIONES

Desnudos y jardines de Juan Cantabrana

CARLOS CLEMENTSON

UNA hermosa teona de desnudos femeninos y jardines, de florales revelaciones naturales en virtud de la luz y el color, es la que el pintor cordobés Juan Cantabrana nos ofrece desde las paredes de la renovada "Galería Studio Juan Bernier". Desnudos y jardines, paisajes urbanos e interiores, en los que enseñorean y dominan los fulgurantes desnudos femeninos, y que completan esa otra vertiente temática de nuestro pintor enfocada hacia la pintura de inspiración bíblica y religiosa; presididas ambas expresiones de su capacidad creadora por un idéntico y profundo sentido religioso y sagrado de la existencia: sacralidad de los cuerpos, de los jardines, de la naturaleza pródiga y feliz que nos rodea, así como de esas otras "divinas palabras" y emociones que trasciende su obra plástica de inspiración evangelica. Sacralidad de una misma comunión en el misterio de la luz fundante que abraza y ciñe, que conforma e ilumina ambas vertientes de su mirada y de su inspiración.

Jose de Miguel ha visto con penetración y justeza la gran obra plástica, de inspiración evangelica, que desde hace años Cantabrana viene acometiendo en una serie de lienzos de gran formato, profunda inquietud religiosa y compleja arquitectura compositiva, y así viene a decirnos cómo nuestro pintor "se ha planteado a sí mismo el reto, no comente, de abordar con pincel de hoy los temas religiosos de siempre". Y ha tenido la lucidez de no caer en la tentación fácil de recrear, copiando "a la manera de...", las grandes joyas de nuestras pinacotecas y templos; sino que con agilidad y actualizado pincel, en una estilización de las formas y con personal escala cromática que evidencia su adscripción a los modos del post-impressionismo, enfunde su pintura en aquella "vibración luminosa" que ya el Vasari pedía siempre. Nuestro artista hace además alarde de su facilidad en la composición, en el ensamblamiento

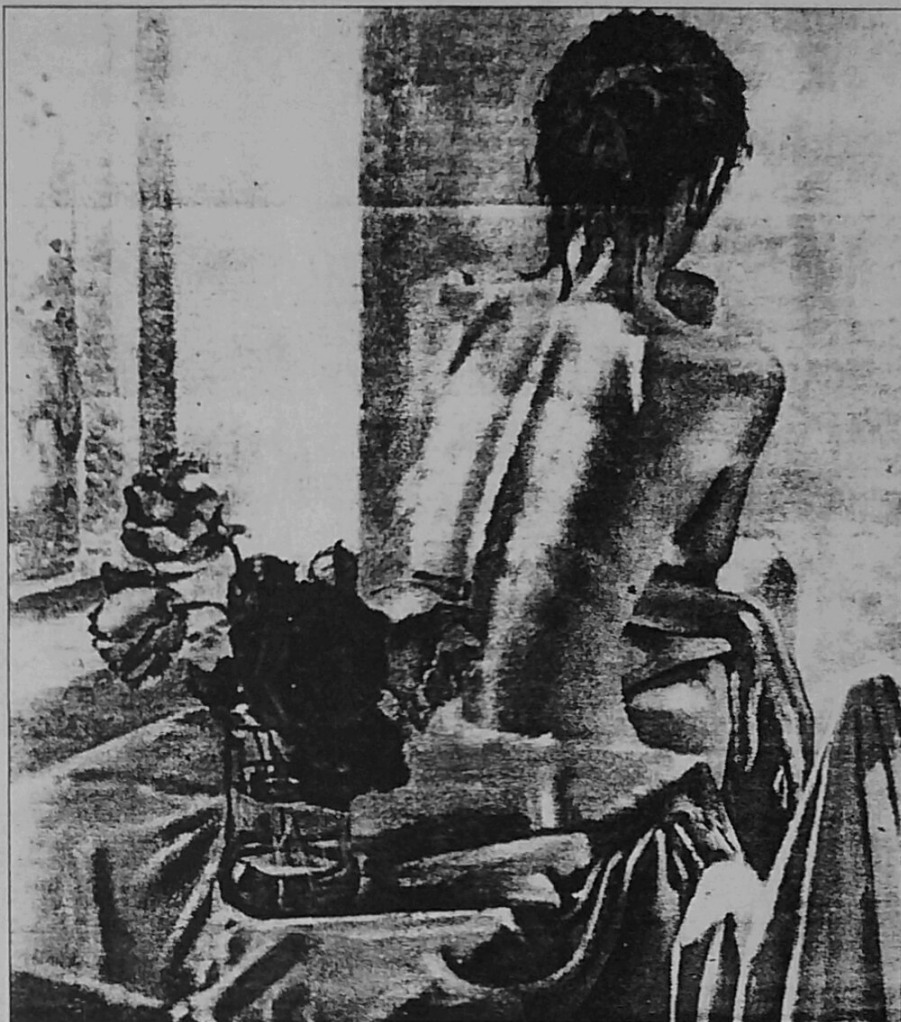
de figuras y personajes que armónicamente se conjuntan en el cuadro, como lo evidencian su "Jesús en el Templo" y "El beso de Judas". O bien su monumental "Resurrección de Lázaro".

Dentro de una tradición de corte post-impressionista actualizada, y siguiendo el ejemplo de sus maestros, Cantabrana "modela las figuras a través del color". Y así, cómo igualmente ha observado José de Miguel, el color, en la variedad de sus matices, crea por sí solo, sin otras apoyaduras, los volúmenes, los perfiles, las formas, el dibujo, la tensión del cuadro, buscando siempre aquellas "gemas claras" de que gustaba Van Gogh, y que en los lienzos de Cantabrana se envuelven en las tonalidades de ese color violeta que nimba su obra de un deliberado halo onírico.

Fosforescencia luminica, extraordinario dominio de la figura humana, del desnudo femenino en la presente exposición, construido y matizado por los perfiles de la luz. Caligrafía de la luz sobre los cuerpos y las formas. Frescura vegetal bajo la primavera de la vida la que nos ofrecen hoy estos jardines y muchachas en flor que Cantabrana nos revela con el estremecimiento y la pasión de algo igualmente sagrado, en su naturaleza virginal, en su naturaleza de permanente milagro, de deslumbrada revelación.

Sabia utilización del color

Cantabrana ha realizado, a base de una sabia y apasionada utilización del color, sin pobreza ni complejos, en esa vertiente de su obra religiosa a la que hacíamos alusión anteriormente, un bello y plástico equivalente pictórico a los grandes frisos pasionales de Gabriel Miró, artista levantino y luminoso, afín en el impresionismo de su palabra clarificadora y suntuosa, al gran Sorolla, el pintor de la luz, de la atmósfera y los espacios libres; el pintor que de siempre nos ha apasionado a todos, pero que pocos han teni-



Óleo de Juan Cantabrana.

ARCHIVO

do el valor y la sinceridad de reconocer, puesto que hace años se hallaba fuera de los valores pictóricos convencionales admitidos por las tardovanguardias.

Pero este amor por la luz, por las vibraciones cromáticas de las atmósferas y el aire libre, viertase especialmente en Cantabrana en una exaltada y lírica vocación por el paisaje, el natural y el urbano de frondas y jardines, de parques y glorietas, ese aspecto tan desatendido por la mayoría de los pintores cordobeses, y que lo acerca a un cierto levantimismo oxigenado y exultante, vitalísimo, que a mi

particularmente me emociona e inspira.

Y tal como están las cosas hace falta tener valor para enfrentarse, desde esa perspectiva casi sagrada, sensual y glorificadora, que caracteriza a nuestro pintor, a la naturaleza y al paisaje, a la luz y a sus fulguraciones, que en nuestra tierra andaluza son tan esplendentes como en el más vibrante horizonte mediterráneo, por más que algunos pintores se empeñen en no querer verlas.

Desde Altamira, Van Gogh y Sorolla, pasando por Rafael y Miguel Angel, siempre se ha pin-

tado con el color, aunque no deje de resultar un tanto paradójico tener que explicitarlo a estas alturas.

Cantabrana, como los más raciales artistas, tampoco se ha sentido amedrentado por la gracia y la potencia de la luz, por el color del mundo. Y ese color, gracioso, alado y luminoso, palpante de amor por las criaturas y formas que concreta, que nos revela y nos modela por esa misma fuerza creadora de la luz, hoy nos lo ofrece en una muestra que yo me atrevería a calificar de desacomunada y personalísima.